

Ningún arminiano ha podido jamás refutar sus argumentos.

— **Robert L. Reymond**

Es seguro decir que no se ha hecho jamás ninguna exposición comparable de la obra de la redención tal como fue planeada y ejecutada por el Dios Trino desde que Owen publicó la suya en 1648. No se ha necesitado ninguna. La interpretación de Owen de los textos es segura; su poder de construcción teológica es soberbio; no se omite nada que necesite ser discutido, y desde su época no se ha usado ningún argumento a favor o en contra de su posición que él mismo no haya notado y tratado. La obra de Owen es un amplio análisis bíblico constructivo del corazón del Evangelio, y debe tomarse en serio como tal. Nadie tiene derecho a rechazar la doctrina de la limitación de la expiación como una monstruosidad de la lógica calvinista hasta que haya refutado la prueba de Owen de que es parte de la presentación bíblica uniforme de la redención, claramente enseñada en texto claro tras texto claro. Y nadie lo ha hecho todavía.

J. I. Packer,

Profesor de teología del Board of Governors, Regent College

Esta no es una obra fácil, y algunos aspectos de su método y estilo pueden mejorarse. Sin embargo, sus virtudes son mucho mayores: una atención apasionada a la Escritura, un empleo riguroso de la lógica y una argumentación acumulativa de extraordinaria amplitud. Más de tres siglos después de su publicación, sigue siendo quizá la defensa más exhaustiva de la expiación definida disponible. Cualquiera que pretenda abordar seriamente esta cuestión deberá enfrentarse con *La muerte de la muerte en la muerte de Cristo*.

— **Andrew David Naselli**

La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo es probablemente el libro más famoso e influyente de Owen. Se publicó en 1647, cuando Owen tenía treinta y un años. Es sin duda el libro más completo y probablemente el más persuasivo jamás escrito sobre la doctrina a veces llamada “expiación limitada”, o mejor llamada “expiación definitiva” o “redención particular”. ... *La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo* es un libro grande y muy poderoso, me mantuvo despierto durante muchas noches hace varias décadas mientras trataba de decidir lo que realmente creía sobre el tercer punto del calvinismo (expiación limitada).

John Piper,

**Pastor de predicación y visión, Iglesia Bautista de Belén, Minneapolis,
Minnesota**

La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo se cuenta entre los libros más conocidos, y de hecho puede que sea el más conocido, de las docenas de libros que fluyeron de la pluma de John Owen durante sus cuatro décadas de carrera

como autor. Siempre que se renueva el interés por lo que hay en el corazón del Evangelio, estas páginas tienden a redescubrirse y releerse. Parece que cada generación necesita descubrirlas de nuevo. Sopesa cuidadosamente lo que lees; compáralo con las Escrituras. Deja que Owen desafíe tu pensamiento. Porque éste es un libro para hacerte pensar.

Sinclair B. Ferguson,
Profesor de Teología Sistemática, Seminario Teológico Reformado,
Jackson, Mississippi.

Quien quiera comprender verdaderamente la doctrina de la redención particular necesita algo más que una presentación resumida: necesita enfrentarse con toda la argumentación bíblica y teológica que la sustenta. Para ese propósito, resulta difícil recomendar algo mejor que *La muerte de la muerte en la muerte de Cristo*. Owen no se limita a afirmar su conclusión, sino que construye de forma extensa el caso que, a su juicio, surge de la naturaleza misma de la obra redentora de Cristo.

— **Roger R. Nicole**

Owen no es para los débiles de corazón ni para los impacientes ni para los perezosos. Pero para aquellos que quieran profundizar en la comprensión de la grandeza de Dios y de cómo caminamos con él, este libro compensará, muchas veces, el esfuerzo que requiere su lectura.

David F. Wells,
Profesor distinguido de teología histórica y sistemática Andrew Mutch,
Seminario Teológico Gordon-Conwell

La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo es una obra maestra en el uso subordinado de la lógica en la teología, donde se conceden consecuencias válidas... Owen no repudia en absoluto el uso de la razón en teología, sino que encuentra en ella una ayuda y una herramienta excelentes. En efecto, el cristianismo es “altamente racional” y todo razonamiento sólido es válido siempre que se someta al carácter trascendente de la revelación. Existe, pues, una función instrumental y subordinada de la filosofía en la teología debido a la armoniosa relación entre fe y razón.

Sebastian Rehnman

La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo, es considerada tanto por amigos como por enemigos como la declaración definitiva de la llamada “expiación limitada”. Ciertamente, representa una exposición muy completa de la naturaleza de la obra redentora de Cristo, producto de siete años de arduo estudio, como afirma el propio Owen en su nota al lector.

Carl R. Trueman

Cuando se renueva el interés por el evangelio, vuelve también el interés por este clásico puritano, y con razón. Pocos teólogos en la historia de la iglesia han explicado con tanta claridad lo que significa la muerte salvadora de Cristo. Owen sostiene que la cruz asegura infaliblemente la salvación de aquellos por quienes Cristo murió, y probablemente nadie haya defendido esa afirmación con mayor cuidado y rigor. Más de tres siglos después, su argumentación continúa reclamando una respuesta seria.

— **Fred G. Zaspel**

La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo, es quizás la obra más grande de John Owen, y se esmera en ayudarnos a ver el cumplimiento de la prerrogativa divina de Dios, de que Él tendrá misericordia de quien Él tenga misericordia. Porque todos somos pecadores, Dios sólo nos debe a todos su justa condenación. Pero Dios, que es rico en misericordia, ha condescendido a derramar su misericordia sobre aquellos a quienes ha elegido, por su buena voluntad. A unos les muestra esta misericordia; a otros les manifiesta la justicia... Mientras que *La muerte de la muerte en la muerte de Cristo* asestó un golpe mortal a la noción de que Dios nos trata a todos exactamente igual, es la muerte de Cristo la que acaba con cualquier noción de que podemos hacerlo por nosotros mismos. La muerte de Cristo no hace posible que todos nos salvemos. Su muerte no nos acerca a la meta, y los que son buenos terminarán. No, Él murió porque estamos muertos en nosotros mismos. Pon a un hombre muerto a sólo una pulgada de la línea de meta, y nunca terminará. En cambio, por Su muerte fuimos vivificados.

R. C. Sproul

Lea esta obra atentamente. Encontrará en cada una de sus partes abundante materia de gran valor; desarrollada con la fuerza de un juicio sólido y profundo, animada por un espíritu celestial y expresada con palabras llenas de sabiduría. Confío en que su lectura no solo producirá deleite, sino que moverá al lector a dar gracias a Dios por quien la escribió.

— **Stanley Gower,**
miembro de la Asamblea de Westminster

LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE DE CRISTO – VOL. 2

*El fundamento de la redención de Cristo para todos
aquellos por quienes murió*



TEOLOGÍA PARA VIVIR

Fe y Palabra

JOHN OWEN

Editor: Jaime Daniel Caballero

Impreso en Lima, Perú

LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE DE CRISTO – VOL. 2

Autor: © John Owen

Editor: Jaime D. Caballero

Traducción: Elioth R. Fonseca

Revisión de estilo y lenguaje: Dorian Obrique

Diseño de cubierta: Angela García-Naranjo

Serie: Colección John Owen - **Volumen:** 08

Título original:

John Owen, *Salus electorum, sanguis Jesu, or, The death of death in the death of Christ a treatise of the redemption and reconciliation that is in the blood of Christ with the merit thereof, and the satisfaction wrought thereby* (London: Philemon Stephens, 1648).

Editado por:

©TEOLOGIPARAVIVIR.S.A.C

José de Rivadeneyra 610. Urb. Santa Catalina, La Victoria.

Lima, Perú.

ventas@teologiaparavivir.com

<https://www.facebook.com/teologiaparavivir/>

www.teologiaparavivir.com

Primera edición: Agosto 2026

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N°: 2026-09817

ISBN Tapa Blanda: 978-612-5099-xx-x

Se terminó de imprimir en Agosto del 2026 en:

ALEPH IMPRESIONES S.R.L.

Jr. Risso 580, Lince

Lima, Perú.

Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial. Las citas bíblicas fueron tomadas de las versiones *Reina Valera* de 1960 y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, salvo indique lo contrario en alguna de ellas.

TABLA DE CONTENIDOS

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN	XV
<i>La división en dos volúmenes.....</i>	<i>xvi</i>
<i>Las notas.....</i>	<i>xvii</i>
<i>Citas bíblicas, corchetes y lenguas antiguas</i>	<i>xix</i>
<i>Glosario y bibliografía.....</i>	<i>xx</i>
SOBRE LOS ÍNDICES	XXIII
LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE DE CRISTO XXV	
LIBRO III: LA NATURALEZA DEL PACTO DE GRACIA EN LA	
REDENCIÓN DE CRISTO – PARTE 2	1
§4. LA SANTIFICACIÓN Y LA FE COMO FRUTOS DE LA	
MUERTE DE CRISTO	3
8. LA MUERTE DE CRISTO SANTIFICA A AQUELLOS POR QUIENES ÉL	
MURIÓ, PERO NO TODOS SON SANTIFICADOS.....	4
9. LA FE ES UN FRUTO DE LA MUERTE DE CRISTO, PERO NO TODOS	
TIENEN FE.....	10
10. LA LIBERACIÓN DE ISRAEL COMO TIPO DE LA OBRA SALVÍFICA DE	
CRISTO	18
§5. ARGUMENTOS A PARTIR DE LA NATURALEZA DE LA	
REDENCIÓN	21
11. LA NATURALEZA DE LA REDENCIÓN.....	22
§6. ARGUMENTOS A PARTIR DE LA NATURALEZA DE LA	
RECONCILIACIÓN.....	29
12. LA MUERTE DE CRISTO EFECTÚA LA RECONCILIACIÓN ENTRE DIOS Y	
EL HOMBRE	29
<i>a. La naturaleza de la reconciliación.....</i>	<i>30</i>
<i>b. La necesidad sociniana y la ficción universalista.....</i>	<i>32</i>
<i>c. Reconciliados por la muerte de Cristo.....</i>	<i>33</i>
§7. ARGUMENTOS A PARTIR DE LA NATURALEZA DE LA	
SATISFACCIÓN	37
13. LA MUERTE DE CRISTO EFECTUÓ LA SATISFACCIÓN POR LOS PECADOS	
.....	38
<i>a. La naturaleza de la satisfacción.....</i>	<i>38</i>
<i>b. La muerte de Cristo como satisfacción.....</i>	<i>40</i>
<i>c. Los actos de Dios en esta satisfacción.....</i>	<i>49</i>

§8. DIGRESIÓN SOBRE LA SATISFACCIÓN DE CRISTO57

LA JUSTIFICACIÓN ETERNA Y LA SATISFACCIÓN SON INCOMPATIBLES 59

CONTRA LA JUSTIFICACIÓN DESDE LA ETERNIDAD 62

*La justificación como manifestación de la elección eterna no es bíblica 63**Todos están en la misma condición antes de la reconciliación 64**Bajo ira..... 65**Jn 3:36 — La ira de Dios permanece sobre el incrédulo 67***§9. CONTINUACIÓN DE LA DIGRESIÓN: PRUEBAS DE LA SATISFACCIÓN DE CRISTO71**

CRISTO LLEVÓ NUESTROS PECADOS Y NUESTRO CASTIGO EN NUESTRO LUGAR 72

CRISTO PAGÓ UN RESCATE EN LAS MANOS DEL PADRE PARA QUE PUDIÉRAMOS QUEDAR LIBRES 74

CRISTO POR SU MUERTE HIZO EXPIACIÓN POR EL PECADO Y RECONCILIÓ A DIOS CON LOS PECADORES 76

EL OFICIO SACERDOTAL DE CRISTO DERRIBADO POR LA NEGACIÓN DE LA SATISFACCIÓN..... 77

LA OBRA DE CRISTO COMO RAÍZ DE LA FE Y EL CONSUELO EVANGÉLICO.....79

ARGUMENTOS A PARTIR DE LAS ESCRITURAS 81

*2 Co 5:21 — Cristo hecho pecado por imputación 81**Is 53:5 — El castigo que nos trajo paz 83***§10. ARGUMENTOS A PARTIR DEL MÉRITO DE CRISTO85**

14. LA MUERTE DE CRISTO MERITÓ LA GRACIA Y LA GLORIA PARA LOS HOMBRES 85

15. CRISTO MURIÓ EN NUESTRO LUGAR 89

§11. EL ÚLTIMO ARGUMENTO GENERAL: EL TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS.....95

16. LA ENSEÑANZA CLARA Y EVIDENTE DE LAS ESCRITURAS 96

*Gn 3:15 — La enemistad entre las dos simientes..... 96**Mt 7:23 — Aquellos a quienes Cristo nunca conoció 98**Mt 11:25-26 — El evangelio escondido por beneplácito del Padre 99**Jn 10:11, 15-16, 27-28 — Cristo da su vida por sus ovejas..... 99**Ro 8:32-34 — La entrega del Hijo garantiza toda gracia..... 101**Ef 1:7 — La redención y el perdón que no todos tienen..... 102**2 Co 5:21 — Justificados los mismos por quienes fue hecho pecado 103**Jn 17:9 — Cristo no ruega por el mundo 103**Ef 5:25 — Cristo se entregó por su iglesia 103*

LIBRO IV: RESPUESTA A LOS ARGUMENTOS A FAVOR DE LA REDENCIÓN UNIVERSAL 105

§1. CONSIDERACIONES PREVIAS PARA RESOLVER LAS OBJECIONES 107

LA DIGNIDAD Y SUFICIENCIA INNATA DE LA MUERTE DE CRISTO	109
LA NATURALEZA DE LA ADMINISTRACIÓN DEL NUEVO PACTO	115
LA DISTINCIÓN ENTRE EL DEBER DEL HOMBRE Y EL PROPÓSITO DE DIOS	117
EL ERROR COMÚN DE LA NACIÓN JUDÍA A QUIENES SE PREDICÓ PRIMERO EL EVANGELIO	120
EL SIGNIFICADO PROPIO DE DIVERSOS TÉRMINOS GENERALES EN LA ESCRITURA	123
«Mundo»	124
«Todos»	131
EXPRESIONES ADECUADAS AL JUICIO DE CARIDAD	137
LA CONEXIÓN ENTRE LA FE Y LA SALVACIÓN	138
LA MEZCLA DE ELEGIDOS Y RÉPROBOS	142
LOS DIVERSOS ACTOS Y GRADOS DE LA FE	145

§2. PLANTEAMIENTO DE LA RESPUESTA A LOS ARGUMENTOS PARTICULARES 149

SU ARGUMENTO PRINCIPAL — PROPUESTO, CONSIDERADO Y RESPONDIDO	152
JN 3:16: «PORQUE DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO [...]»	157
<i>El amor: Un acto de la voluntad de Dios</i>	161
<i>El objeto de este amor</i>	167
<i>El propósito e intención de Dios</i>	173

§3. EXPOSICIÓN DE LOS TEXTOS DEL PRIMER ARGUMENTO UNIVERSALISTA 177

1 JN 2:1-2: «PROPICIACIÓN [...] POR LOS PECADOS DEL MUNDO ENTERO»	178
<i>Escrita a los creyentes judíos</i>	179
<i>El objetivo y el alcance de estas palabras</i>	182
<i>«Propiciación [...] por nosotros y por el mundo entero»</i>	183
JN 6:51: «MI CARNE, LA CUAL YO DARÉ POR LA VIDA DEL MUNDO»	194
OTROS PASAJES PRESENTADOS POR THOMAS MOORE	195
2 Co 5:19: «Reconciliando al mundo consigo mismo»	195
Jn 1:9: «La luz verdadera que alumbra a todo hombre»	198

<i>Jn 1:29: «El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»</i>	200
<i>Jn 3:17: «Para que el mundo sea salvo por él»</i>	201
<i>Jn 4:42; 1 Jn 4:14 y Jn 6:51 — En qué sentido Cristo es Salvador del mundo</i>	202

§4. RESPUESTA AL SEGUNDO ARGUMENTO UNIVERSALISTA 205

1 Ti 2:4, 6: «DIOS QUIERE QUE TODOS LOS HOMBRES SEAN SALVOS», «UN RESCATE POR TODOS».....	206
<i>Las diferentes acepciones de la voluntad de Dios</i>	208
<i>El significado de la expresión «todos los hombres»</i>	210
<i>La objeción de Thomas Moore desestimada</i>	214
2 P 3:9: «NO QUERIENDO QUE NINGUNO PEREZCA, SINO QUE TODOS PROCEDAN AL ARREPENTIMIENTO».....	215
He 2:9: «PARA QUE ÉL, POR LA GRACIA DE DIOS, GUSTASE LA MUERTE POR CADA HOMBRE».....	217
2 Co 5:14-15: «MURIÓ POR TODOS [PARA QUE LOS QUE VIVEN, VIVAN PARA ÉL]».....	219
1 Co 15:22: «PORQUE ASÍ COMO EN ADÁN TODOS LOS HOMBRES MUEREN, ASÍ TAMBIÉN EN CRISTO TODOS SERÁN VIVIFICADOS».....	223
Ro 5:18: «POR LA JUSTICIA DE UNO VINO EL DON GRATUITO A TODOS LOS HOMBRES PARA JUSTIFICACIÓN DE VIDA».....	224
ERRORES DESCUBIERTOS EN EL DISCURSO DE THOMAS MOORE.....	226
<i>Pasajes extraños de Moore</i>	230
<i>Paralelos entre Adán y Cristo realizados por Moore</i>	231
CRISTO NO ES UNA PERSONA PÚBLICA EN LUGAR DE TODOS Y CADA UNO DE LOS HOMBRES.....	234

§5. RESPUESTA AL ÚLTIMO ARGUMENTO ESCRITURAL UNIVERSALISTA 237

LOS UNIVERSALISTAS INFAVALORAN LA SANGRE DE CRISTO.....	238
Ro 14:15: «NO DESTRUYAS CON TU COMIDA A AQUEL POR QUIEN CRISTO MURIÓ».....	239
1 Co 8:11: «¿PERECERÁ TU HERMANO DÉBIL POR QUIEN CRISTO MURIÓ?».....	241
2 P 2:1: «NEGANDO AL SEÑOR QUE LOS COMPRÓ».....	243
<i>Sobre la identidad del «Señor»</i>	244
<i>Sobre el significado de «compró»</i>	245
<i>Percepción y realidad</i>	247
He 10:29: «TUVIERE POR INMUNDA LA SANGRE DEL PACTO EN LA CUAL FUE SANTIFICADO».....	248

§6. RESPUESTA AL COMPENDIO DE ARGUMENTOS DE MOORE	257
1. SOBRE EL SENTIDO LLANO DE LA ESCRITURA	259
2. SOBRE LA RESTRICCIÓN O EXTENSIÓN DEL SENTIDO DE LAS FRASES DE LA ESCRITURA	262
3. SOBRE LA EXALTACIÓN DE CRISTO PARA SER SEÑOR Y JUEZ DE TODOS	267
4. SOBRE LA PREDICACIÓN DE LA SALVACIÓN POR MEDIO DE CRISTO AL MUNDO	271
5. SOBRE LA CONFESIÓN DE CRISTO COMO SEÑOR QUE TODOS HARÁN	273
6. SOBRE DIVERSAS AFIRMACIONES DE LAS ESCRITURAS.....	275
EL AMOR DE DIOS POR EL MUNDO	278
<i>Prueba 1 del argumento 6:</i>	278
EL PROPÓSITO DE CRISTO DE SALVAR AL MUNDO	282
<i>Prueba 2:</i>	282
UN LLAMADO UNIVERSAL AL ARREPENTIMIENTO	283
<i>Prueba 3:</i>	283
LA CULPABILIDAD DE LA INCREULIDAD	285
<i>Prueba 4:</i>	285
LA VOLUNTAD DE DIOS DE QUE NADIE PEREZCA	292
<i>Prueba 5:</i>	292
<i>Lenguaje universal aplicado a la muerte de Cristo</i>	295
<i>Prueba 6:</i>	295
LOS PRIVILEGIOS DE LOS CREYENTES	298
<i>Prueba 7:</i>	298
EL PARALELISMO ENTRE CRISTO Y ADÁN	301
<i>Prueba 8:</i>	301
EL MANDATO DE PREDICAR EL EVANGELIO A TODOS	302
<i>Prueba 9:</i>	303
EL DEBER DE ORAR POR TODOS	304
<i>Prueba 10:</i>	305
<i>La promesa de Cristo de estar presente con su pueblo</i>	306
<i>Prueba 11:</i>	306
<i>La misericordia de Dios hacia todas las clases de hombres</i>	307
<i>Prueba 12:</i>	307
REVELACIÓN DEL AMOR DE DIOS EN LA CRUZ	308
<i>Prueba 13:</i>	308

<i>La incredulidad como un alejamiento de la gracia concedida</i>	310
Prueba 14:	310
EL LLAMADO DE DIOS A LOS QUE PERECEN	317
Prueba 15:	317
LA INCRECULIDAD DE LOS APÓSTATAS	320
Prueba 16:	320
EL REGRESO DE CRISTO COMO JUEZ	321
Prueba 17:	321
<i>El deber de contender por la fe de nuestra común salvación</i>	322
Prueba 18:	322
§7. RESPUESTA A LAS OBJECIONES RESTANTES	325
LA OBLIGACIÓN DE CREER	326
ESCRÚPULOS Y DUDAS	336
EXALTACIÓN DE LA GRACIA DIVINA	340
EXALTACIÓN DEL MÉRITO DE CRISTO	344
CONSUELO EVANGÉLICO	347
<i>El rescate general no es fundamento de consuelo</i>	349
EL RESCATE GENERAL, UN ENEMIGO DEL CONSUELO	351
<i>Nada en la limitación de la redención a los elegidos impide el consuelo</i>	355
<i>La doctrina de la redención eficaz, el verdadero fundamento de todo consuelo</i>	358
ALGUNOS BREVES TESTIMONIOS DE LOS ANTIGUOS	361
Policarpo de Esmirna	361
Ignacio de Antioquía	362
Clemente de Roma	363
Cipriano de Cartago	363
Cirilo de Jerusalén	365
Atanasio de Alejandría	366
Ambrosio de Milán	367
Agustín de Hipona	368
Próspero de Aquitania	370
Concilio de Valence	372
APÉNDICE ORIGINAL	373
APÉNDICE: ERUDICIÓN SIN FIRMA: EL USO DE LAS FUENTES EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE DE CRISTO	385

1. TRES CÍRCULOS DE ADVERSARIOS	387
2. EL REPARTO DEL APARATO DE CITAS.....	391
3. EL MARGEN Y LA ABREVIATURA	395
4. LOS QUE NO NOMBRA.....	399
5. LOS QUE SÍ NOMBRA	405
6. LO QUE EL SILENCIO CUESTA	408
CONCLUSIÓN.....	411
GLOSARIO	413
BIBLIOGRAFÍA	431
I. FUENTES PRIMARIAS	431
II. FUENTES SECUNDARIAS	441
III. OBRAS DE REFERENCIA Y VERSIONES DE LA ESCRITURA	443
ÍNDICE DE NOMBRES.....	445
ÍNDICE DE TEMAS.....	459
ÍNDICE DE REFERENCIAS BÍBLICAS.....	471
ÍNDICE DE TÉRMINOS ESPECIALES	485
LATÍN	485
GRIEGO.....	489
HEBREO	494
SIRÍACO	495
INGLÉS	495
NEERLANDÉS	496

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Esta edición traduce el tratado tal como Owen lo publicó. La base es el impreso londinense de 1648, *Salus electorum, sanguis Jesu*, hecho para el librero Philemon Stephens.¹ Se ha traducido de ese impreso y no de una versión posterior. Las ediciones modernas modernizan la ortografía, resuelven las abreviaturas y corrigen las erratas, y cada una de esas operaciones acerca el texto al lector de hoy alejándolo de lo que Owen escribió.

Dos ediciones inglesas se han consultado a lo largo del trabajo, sin que ninguna desplazara al original. La primera es la que William H. Goold preparó entre 1850 y 1855, y que fijó el texto por el que la obra ha circulado durante siglo y medio; sus enmiendas a los pasajes estropeados por el cajista siguen siendo útiles.² La segunda es la edición crítica dirigida por Richard Snoddy y publicada por Crossway en 2025, que identificó una por una las fuentes que Owen citaba sin nombrarlas.³ Cuando el impreso de 1648 ofrece una lectura corrupta y una de esas ediciones la enmienda, la nota correspondiente lo hace constar, de modo que el lector conserve el dato y pueda juzgar por sí mismo.

La obra va íntegra. Teología para Vivir no abrevia, resume ni simplifica lo que publica. El conjunto de los dos volúmenes recoge por

¹ John Owen, *Salus electorum, sanguis Jesu, or, The Death of Death in the Death of Christ* (Londres: impreso para Philemon Stephens, 1648).

² John Owen, «Salus Electorum, Sanguis Jesu; or, The Death of Death in the Death of Christ», en *The Works of John Owen*, ed. William H. Goold, vol. 10 (Edimburgo: Johnstone and Hunter, 1850–1855).

³ John Owen, *The Death of Christ*, ed. Richard Snoddy, vol. 9 de *The Complete Works of John Owen* (Wheaton, IL: Crossway, 2025).

ello los cuatro libros del tratado, el prefacio de Owen y las recomendaciones que lo acompañaron, más los testimonios patrísticos y el apéndice que su autor añadió cuando el libro ya estaba en prensa. Todo cuanto sigue a la portadilla procede de Owen. Cuanto se ha añadido para esta edición se identifica en los apartados que siguen.

La división en dos volúmenes

El tratado de Owen ocupa en castellano más de seiscientas páginas, y el aparato que esta edición le añade lleva el conjunto por encima de las ochocientas. Un solo tomo de ese grosor no resulta manejable en este formato, de modo que hubo que partirlo. El punto de corte no es arbitrario.

Owen escribió cuatro libros de tamaño muy desigual. Los dos primeros ocupan ciento sesenta y dos páginas; el tercero y el cuarto, trescientas ochenta y nueve. Cortar por la juntura entre dos libros habría producido un volumen delgado y otro desmesurado. El corte cae por eso dentro del libro tercero, cuyos dieciséis argumentos van numerados y se sostienen cada uno por su cuenta. El primer volumen se cierra con el séptimo; este se abre con el octavo.

De ahí el reparto. El volumen primero lleva la introducción a la edición en español, los preliminares que acompañaron al impreso de 1648 y los libros primero y segundo, más la primera parte del tercero. El presente volumen continúa el libro tercero, recoge entero el cuarto y añade los testimonios patrísticos y el apéndice que Owen escribió contra Joshua Sprigge cuando el libro ya estaba en prensa.

Cuanto sigue a ese apéndice pertenece a la edición y sirve a los dos tomos por igual. El glosario, la bibliografía y los índices remiten a ambos volúmenes, y se imprimen aquí porque un aparato solo rinde cuando abarca la obra completa. Entre el apéndice de Owen y el glosario se ha intercalado además un ensayo editorial sobre el uso que Owen hace de sus fuentes, que explica por qué tantas de sus citas llegan al lector de hoy sin firma.

Owen numeró sus capítulos, pero no los tituló. Lo que puso en su lugar fue una tabla de contenidos donde resumía en prosa el asunto de cada uno.⁴ Los títulos con que la obra se conoce hoy vinieron después. La edición de Edimburgo de 1755, dirigida por Adam Gib, añadió un análisis completo del tratado, y Goold lo aprovechó para el suyo, que el primer volumen de esta edición reproduce.⁵

Esta edición conserva la división de Owen y marca cada capítulo con el signo §. Los títulos siguen la forma recibida en las ediciones inglesas; cuando se ha modificado alguno para que diga en castellano lo que el capítulo trata, una nota al pie consigna la forma recibida. Cuanto queda por debajo del § pertenece a esta edición. Los argumentos van numerados como Owen los numeró, pero los epígrafes que los encabezan y las subdivisiones en letras se han puesto aquí, porque Owen escribe de corrido y el lector pierde el hilo en pasajes que se extienden veinte páginas sin respiro.

Cada § se abre con una sinopsis. Declara la tesis del capítulo, el recorrido del argumento y el adversario contra quien se dirige. No sustituye a la lectura, y no podría hacerlo: Owen razona encadenando pasos, y un resumen que reprodujera la cadena entera sería el capítulo mismo.

Las notas

Las notas de este volumen proceden de cuatro manos distintas, y una marca al principio o al final dice de cuál. La distinción no es un refinamiento de erudito: quien no sabe si está leyendo a Owen o a su editor no puede sopesar ni al uno ni al otro.

⁴ Owen, *The Death of Christ*, 115–16.

⁵ John Owen, *Salus electorum, sanguis Jesu: or the Death of Death in the Death of Christ [...] Carefully Revised and Corrected*, pref. Adam Gib (Edimburgo: impreso por Hamilton, Balfour y Neill, para James Young, encuadernador, 1755). El análisis del tratado ocupa los preliminares. Goold declara que el suyo procede en su mayor parte de esa edición; véase William H. Goold, «Prefatory Note», en Owen, «*Salus Electorum, Sanguis Jesu*», ed. Goold, vol. 10, traducido en 1.99.

Las notas de Owen se cierran con la indicación «—Owen.». Son de dos clases. Unas recogen lo que él escribió en griego o en latín dentro de su propio texto, pues el cuerpo lleva ahora la traducción castellana y la nota conserva el original, precedido de «En el texto:». Otras recogen lo que anotó al margen del impreso, precedidas de «En el margen:». En uno y otro caso el lector tiene delante palabras suyas y de nadie más.

Las notas del traductor llevan la marca [N. del T.] y tratan cuestiones de lengua: un término que admite dos versiones, una discrepancia entre la versión bíblica que Owen sigue y la castellana, una palabra que él prefiere transcribir antes que traducir.

Las notas del editor llevan la marca [N. del E.] y explican lo que el texto da por sabido y el lector de hoy no tiene. Quién era el adversario contra quien Owen escribe, qué hacía la institución que menciona de pasada, qué significaba en 1647 un término que hoy significa otra cosa. El criterio ha sido anotar lo que el lector no puede reponer por su cuenta y callar donde el texto se explica solo.

Queda una cuarta clase. Cuando la edición crítica inglesa identifica una fuente que Owen dejó sin nombrar, y esa identificación hace falta para seguir el argumento, la nota traduce el texto de esa edición entrecomillado y lo atribuye a Richard Snoddy, con página y número de nota.⁶ El lector sabe así que la identificación no procede de esta edición, sino del trabajo previo en que se apoya. El ensayo que cierra el volumen explica por qué tantas fuentes de Owen han de reconstruirse hoy.

Las notas que solo dan una referencia bibliográfica o glosan una voz latina o griega van sin marca. Pertenecen también al aparato de esta edición, pero no afirman nada que el lector deba atribuir a nadie: se limitan a decir qué obra hay detrás de una cita o qué significa una palabra.

⁶ Véase, a modo de ejemplo, la nota de II.14, que traduce y atribuye Owen, *The Death of Christ*, 265n16.

Citas bíblicas, corchetes y lenguas antiguas

Owen maneja la Escritura de tres maneras distintas y esta edición las distingue. Cuando reproduce sin más el texto sagrado, la cita se toma de la Reina-Valera de 1960 o de la Nueva Biblia de los Hispanos, salvo aviso en contrario.⁷ Cuando traduce él mismo del griego o del hebreo —cosa que hace a menudo, porque su argumento suele depender de una palabra concreta—, se traduce su versión y no la castellana recibida; sustituirla borraría el paso mismo del razonamiento. Cuando sigue alguna otra versión inglesa sin comentarla, se emplean las versiones castellanas ya mencionadas.

Los corchetes del cuerpo señalan siempre lo mismo: algo que no estaba en la línea corrida de la frase de Owen. Casi siempre encierran una referencia bíblica que él escribió al margen del impreso de 1648 y que aquí se ha llevado al texto, para que el lector la tenga donde le hace falta. Las referencias que Owen intercaló dentro de su propia oración van, en cambio, entre paréntesis. La diferencia informa: dice cuáles pasajes tejió en el argumento y cuáles dejó al borde de la página como respaldo. Con menos frecuencia, los corchetes suplen una palabra que la sintaxis de Owen omite y el castellano exige, o dan el significado de un término griego.

Las voces griegas, hebreas y latinas se conservan en su alfabeto, seguidas de la transliteración en cursiva y de la traducción. Donde Owen tradujo él mismo la cita, se respeta su versión. El índice de términos especiales, al final del volumen, reúne todas esas voces con su significado y el lugar donde comparecen.

⁷ *Santa Biblia, Reina-Valera 1960; Nueva Biblia de los Hispanos*. Se citan por título, conforme a la bibliografía de esta edición, que no consigna pie de imprenta para las versiones bíblicas.

Glosario y bibliografía

El glosario reúne los términos técnicos que Owen emplea en los dos volúmenes y que hoy no significan lo que significaban en 1647. Unos vienen del derecho romano, otros de la escuela medieval, otros nacieron en la controversia del siglo XVII. Algunos han caído en desuso, y esos dan poco trabajo, porque el lector advierte enseguida que no los entiende. El caso peligroso es el contrario: la palabra que sigue viva con otro sentido y que el lector cree entender sin necesidad de consultarla. Cada entrada define el término por el uso que tiene en esta obra, no por el que pueda tener en otras.

La bibliografía abarca la obra entera y se ordena en nueve secciones. Un asterisco al final de un asiento indica que Owen cita esa obra en el tratado de 1648, sea nombrándola, sea remitiendo a ella al margen; nombrar a un autor sin citar obra alguna no basta. Buena parte de la erudición clásica y patrística entra en el tratado mediante citas latinas y griegas sin firma, y en esos casos el asterisco sigue las identificaciones de la edición crítica inglesa, que es allí la autoridad.⁸ El asterisco permite así separar dos cosas que la impresión confunde: la biblioteca que Owen tuvo delante y la que sus editores modernos han reconstruido. El ensayo que sigue al apéndice examina esa diferencia.

Toda referencia va precedida del número romano del volumen: «I.» remite al volumen primero y «II.» al segundo, seguidos del número de página. Las páginas del mismo volumen se separan por coma y los volúmenes entre sí por punto y coma, siempre el primero antes que el segundo, de modo que «I.245, 312; II.37» debe leerse: páginas 245 y 312 del volumen I y página 37 del volumen II. Tres o más páginas seguidas se contraen en un intervalo («II.37-50»); dos consecutivas se listan por separado. La letra «n» pospuesta al número indica que la referencia está en una nota al pie y no en el cuerpo:

⁸ Owen, *The Death of Christ*. La convención se detalla en la nota preliminar de la bibliografía, II.431.

«II.148n» remite a una nota de la página 148, y «II.148n.24» a la nota 24 de esa página. Cuando una misma entrada comparece en el cuerpo y en la nota de una misma página, se registra una sola vez con «n».

En el Índice de referencias bíblicas, el asterisco pospuesto a una referencia bíblica («Gn 3:15*») señala una alusión implícita: la obra recoge el pasaje sin citarlo expresamente. Las abreviaturas de los libros siguen el uso castellano y se dan sin punto; el orden es el canónico, del Antiguo al Nuevo Testamento. Las subentradas van sangradas y precedidas de raya. El Índice de nombres consigna las obras concretas de cada autor citadas en la obra, en cursiva y en su lengua original. En el Índice de temas se indica la sección del tratado donde el concepto se concentra, de suerte que el lector pueda ir directamente al pasaje que le interesa sin recorrer la lista entera.

La remisión «Véase» conduce de una forma variante a la forma adoptada y no lleva páginas propias; «Véase también» advierte de la existencia de un homónimo o de una entrada afín, que no debe confundirse con la presente. El Índice de términos especiales reúne las voces latinas, griegas, hebreas, siríacas, inglesas y neerlandesas que comparecen en el tratado; cada término va seguido de su traducción entre comillas angulares y, cuando la obra la ofrece, de su transliteración en cursiva entre paréntesis.

Comencé a estudiar a Owen en el terreno académico hacia 2013. Aquel trabajo desembocó primero en una tesis de maestría en teología dirigida por Carl R. Trueman y, más adelante, en una tesis doctoral bajo la supervisión de Crawford Gribben. En ninguno de esos años se me pasó por la cabeza que llegaría a ver la obra de Owen en castellano con el cuidado que estos dos volúmenes recogen. Es una edición preparada por hispanohablantes y para hispanohablantes, que puede ponerse al lado de la crítica inglesa sin desmerecer.

Estas páginas son una ofrenda a la Iglesia que Cristo compró con su propia sangre (Hch 20:28). El rescate se pagó por los amados del Señor, y a ellos van dedicadas, y con ellas los cientos —quizá miles— de horas que costó producirlas. Puede que no llegue a ver de este lado

de la eternidad el fruto de este trabajo. Poco importa: al Señor le agrada servirse de vasos pequeños para su gloria.

Jaime D. Caballero

Antrim, Irlanda del Norte,

Agosto de 2026

Sobre los índices

Toda referencia va precedida del número romano del volumen: «I.» remite al volumen primero y «II.» al segundo, seguidos del número de página. Las páginas del mismo volumen se separan por coma y los volúmenes entre sí por punto y coma, siempre el primero antes que el segundo, de modo que «I.245, 312; II.37» debe leerse: páginas 245 y 312 del volumen I y página 37 del volumen II. Tres o más páginas seguidas se contraen en un intervalo («II.37-50»); dos consecutivas se listan por separado. La letra «n» pospuesta al número indica que la referencia está en una nota al pie y no en el cuerpo: «II.148n» remite a una nota de la página 148, y «II.148n.24» a la nota 24 de esa página. Cuando una misma entrada comparece en el cuerpo y en la nota de una misma página, se registra una sola vez con «n».

En el *Índice de referencias bíblicas*, el asterisco pospuesto a una referencia bíblica («Gn 3:15*») señala una alusión implícita: el volumen recoge el pasaje sin citarlo expresamente. Las abreviaturas de los libros siguen el uso castellano y se dan sin punto; el orden es el canónico, del Antiguo al Nuevo Testamento. Las subentradas van sangradas y precedidas de raya. El *Índice de nombres* consigna las obras concretas de cada autor citadas en el volumen, en cursiva y en su lengua original. En el *Índice de temas* se indica la sección del tratado donde el concepto se concentra, de suerte que el lector pueda ir directamente al pasaje que le interesa sin recorrer la lista entera.

La remisión «Véase» conduce de una forma variante a la forma adoptada y no lleva páginas propias; «Véase también» advierte de la existencia de un homónimo o de una entrada afín, que no debe confundirse con la presente. En el *Índice de términos griegos, latinos y hebreos* cada término va seguido de su traducción entre comillas angulares y, cuando el volumen la ofrece, de su transliteración en cursiva entre paréntesis.

SALUS ELECTORUM,¹
POR LA SANGRE DE
JESÚS;

O,

LA MUERTE DE LA
MUERTE EN LA MUERTE
DE CRISTO

¹ Lt. "La salvación de los elegidos"

Salus Electorum, Sanguis Jesu:
 O R
THE DEATH OF DEATH
 In the Death of
CHRIST.

A TREATISE
 Of the Redemption and Reconciliation that is
 in the blood of Christ with the merit thereof,
 and the satisfaction wrought thereby.

Wherin the proper end of the Death of Christ is asserted:
 the immediate effects and fruits thereof assigned, vvith their
 extent in respect of it's object; and the whole controverſie about
UNIVERSALL REDEMPTION
 fully diſcuſſed.

In Foure parts, whereof The

1. Declareth the Eternall counſell, and diſtinct actual concurrence of Father, Sonne, and holy Spirit unto the worke of Redemption in the blood of Chriſt; with the covenanted intendment, and accompliſhd end of God therein.
2. Removeth falſe and ſuppoſed ends of the death of Chriſt; with the diſtinctions invented to falve the manifold contradictions of the pretended univerſall atonement; rightly ſtating the controverſie.
3. Containeth arguments againſt univerſall Redemption from the word; with an aſſertion of the ſatisfaction and merit of Chriſt.
4. Answereth all conſiderable obiections as yet brought to light either by Arminians, or others, (their late followers as to this point) in the behalfe of Vniverſall Redemption; with a large unfolding of all the Texts of Scripture by any produced and wreſted to that purpoſe.

By JOHN OWEN Paſtor of the Church of God which
 is at Coggeſhall in Eſſex.

*The Sonne of man came not to be miniſtred unto, but to miniſter, and to give his life a ranſome for Many. Mar. 20. 28.
 In whom we have Redemption through his blood, the forgivenesse of finnes according to the riches of his grace. Ephes. 1. 7.*

London, Printed by W. W. for Philemon Stephens; and are to be ſold at his Shop
 at the Gilded Lyon in St. Pauls Church-yard. 1648.

UN TRATADO SOBRE LA REDENCIÓN Y
RECONCILIACIÓN EN LA SANGRE DE CRISTO;
INCLUYENDO
SU MÉRITO Y LA SATISFACCIÓN OBTENIDA;

DONDE
SE EXPONE EL PROPÓSITO PRINCIPAL DE LA
MUERTE DE CRISTO;
SUS EFECTOS INMEDIATOS Y RESULTADOS,
JUNTO CON SU ALCANCE RESPECTO A SU OBJETIVO;

Y

SE ABORDA COMPLETAMENTE LA CONTROVERSIA
SOBRE LA REDENCIÓN UNIVERSAL EN CUATRO
PARTES:

- I. Explicando el consejo eterno y la participación activa y distintiva de la santísima trinidad en la obra de redención en la sangre de Cristo; con la intención pactada y el objetivo alcanzado por Dios.
- II. Descartando falsos y supuestos propósitos de la muerte de Cristo, junto con distinciones creadas para resolver las contradicciones del presunto rescate universal; enfocando adecuadamente la controversia.
- III. Presentando argumentos contra la redención universal basados en la Palabra de Dios; con una reafirmación de la satisfacción y mérito de Cristo.
- IV. Respondiendo a las objeciones más relevantes que han surgido hasta la fecha, ya sea por los arminianos u otros (los recientes seguidores en este tema), en defensa de la redención universal; con un amplio análisis de todos los textos bíblicos utilizados y tergiversados para este fin.

Imprimatur,²

22 de enero de 1647.

JOHN CRANFORD

² *Imprimatur* significa “que se imprima” en español. Es una expresión latina utilizada para indicar la aprobación oficial de la publicación.

El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.

MATEO 20:28.

En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia.

EFESIOS 1:7.

LIBRO III: LA
NATURALEZA DEL PACTO
DE GRACIA EN LA
REDENCIÓN DE CRISTO -
PARTE 2

§4. LA SANTIFICACIÓN Y LA FE COMO FRUTOS DE LA MUERTE DE CRISTO¹

Sinopsis

Owen retoma la serie de argumentos abierta en el primer volumen y presenta aquí los argumentos octavo, noveno y décimo. Los tres comparten una tesis: la muerte de Cristo produce efectivamente santificación y fe en aquellos por quienes fue ofrecida. Ninguna de las dos es universal; tampoco, por tanto, la muerte que las produce. El argumento octavo parte del tipo: el sacrificio de expiación santificaba legalmente a aquellos por quienes se ofrecía, y el antitipo debe hacer espiritualmente lo mismo (He 9:13-14). Owen refuta aquí a Jacobo Arminio, teólogo neerlandés cuyos seguidores separaron la oblación de su aplicación. Según ellos, la sangre santifica en cuanto rociada, no en cuanto ofrecida. Owen responde que esa división es justamente lo que está en disputa. El argumento noveno plantea un dilema. Si Cristo obtuvo la fe por su muerte, la obtuvo de manera absoluta o condicionada. Si fue absoluta, todos creerían. Si fue condicionada, hay que nombrar la condición, y ninguna precede a la fe salvo la fe misma. De ahí deriva dos consecuencias: la fe queda como acto del libre albedrío ajeno a la gracia, y el hombre pasa a ser la causa decisiva de su salvación. El argumento décimo lee la liberación de Israel de Egipto como tipo de la obra salvífica, restringida a los elegidos.

¹ Título en las ediciones inglesas: «La santificación y la causa de la fe y su obtención por la muerte de Cristo». El título se modificó por razones editoriales.

8. La muerte de Cristo santifica a aquellos por quienes él murió, pero no todos son santificados

Se puede extraer otro argumento del efecto y el fruto de la muerte de Cristo para la santificación, el cual proponemos de la siguiente manera: si la sangre de Jesucristo lava, purga, limpia y santifica a aquellos por quienes fue derramada, o por quienes él fue un sacrificio; entonces, ciertamente, él murió, derramó su sangre o fue un sacrificio solo por aquellos que en definitiva son lavados, purgados, limpiados y santificados. Es más que evidente que esto no ocurre con todos ni con cada uno, siendo la fe el principio primero de la purificación del corazón (Hch 15:9), y que «no es de todos la fe» [2 Ts 3:2], sino que es «de los escogidos de Dios» (Tit 1:1).

Considero que la consecuencia es innegable y no puede evitarse con distinción alguna. Pero ahora haremos evidente que la sangre de Cristo es eficaz para todos esos fines de lavado, purga y santificación que antes enumeramos. Y esto lo haremos, en primer lugar, a partir de sus tipos, y en segundo lugar, mediante expresiones claras acerca del asunto mismo.

Consideremos, en primer lugar, el tipo: el sacrificio de expiación, que el apóstol compara tan expresamente con el sacrificio y la oblación de Cristo. De este afirma que santificaba legalmente a aquellos por quienes era un sacrificio: «Porque —dice él— la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne» (He 9:13). Ahora bien, lo que se hacía carnal y legalmente en el tipo, debe efectuarse espiritualmente en el antitipo: el sacrificio de Cristo, tipificado por aquel sacrificio sangriento de animales. El apóstol afirma esto en el versículo siguiente: «¿Cuánto más —dice— la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?» [He 9:14].

Si algo sé, la respuesta de Arminio y de algunos otros a esto —a saber, que el sacrificio santificaba no en cuanto ofrecido, sino en cuanto rociado;² y que la sangre de Cristo responde a ello no con respecto a la oblación, sino a su aplicación— es débil e insatisfactoria.³ Pues [dicha respuesta] solo afirma una división entre la oblación y la aplicación de la sangre de Cristo.⁴ Y aunque

² Jacobus Arminius, *Examen modestum libelli, quem D. Gulielmus Perkinsius apprime doctus theologus, edidit ante aliquot annos de praedestinationis modo & ordine, itemque de amplitudine gratiae divinae* (Leiden: Basson, 1612), 81–82; también en Jacobus Arminius, *Iacobi Arminii veteraquinatis Batavi [...] opera theologica* (Frankfurt: Wolfgang Hoffman, 1635), 534. Para una traducción al inglés, véase *The Works of James Arminius, D.D., Formerly Professor of Divinity in the University of Leyden*, trad. James Nichols y W. R. Bagnall, 3 vols. (Auburn, NY: Derby, Miller, and Orton, 1853), 3:358.

³ [N. del E.] Jacobo Arminio (1560–1609) nació en Oudewater, en los Países Bajos, y estudió en Leiden, Basilea y Ginebra, donde fue discípulo de Teodoro Beza, el sucesor de Calvino. Fue pastor en Ámsterdam desde 1588 y profesor de teología en Leiden desde 1603 hasta su muerte. Al examinar la doctrina de la predestinación llegó a rechazar la enseñanza reformada de la elección incondicional. Sostuvo que Dios elige para salvación a quienes prevé que creerán, de modo que la elección depende de la fe prevista, y no la fe de la elección. La obra que Owen cita aquí es su examen del tratado del puritano inglés Guillermo Perkins sobre la predestinación, publicado de forma póstuma. De ese examen procede la respuesta que Owen refuta: la sangre de Cristo santificaría solo cuando se aplica por la fe, no en virtud de la oblación misma. Tras la muerte de Arminio, sus discípulos organizaron su enseñanza en la «Remonstrancia» de 1610, condenada por el Sínodo de Dort (1618–1619). Owen escribe, por tanto, contra un sistema ya articulado y difundido en Inglaterra, no contra un autor aislado. Véase Carl Bangs, *Arminius: A Study in the Dutch Reformation* (Nashville: Abingdon, 1971).

⁴ [N. del E.] En el vocabulario teológico del siglo XVII, «impetración» designa lo que Cristo obtuvo o adquirió mediante su muerte, y «aplicación», la entrega efectiva de lo obtenido a personas concretas. Los remonstrantes separaban ambas cosas: Cristo habría impetrado la reconciliación para todos los hombres, pero esta se aplicaría únicamente a quienes creen. Con esa división, la muerte de Cristo no salva a nadie por sí misma; deja a todos en condición de ser salvados si añaden la fe. El argumento central de todo el tratado responde a esa separación. Para Owen, impetración y aplicación tienen el mismo alcance, porque entre lo que Cristo adquirió está la fe misma, que es la condición de la aplicación. Si Cristo compró la fe para aquellos por quienes murió, ninguno de ellos puede quedar finalmente sin los frutos de esa muerte. Por eso esta sección prueba que la santificación y la fe son frutos de la muerte de Cristo, y no condiciones previas que el hombre aporta. Cf. Francis Turretin, *Institutes of Elenctic Theology*, trad.

concedamos que se distingan, estamos justamente refutando tal división. Y para debilitar nuestro argumento, proponen la misma división que nosotros refutamos. Esto, si acaso es algo, es una manera fácil y superficial de responder.

Concedemos que la sangre de Cristo santifica con respecto a la aplicación de los bienes obtenidos por ella, pero al mismo tiempo probamos que se aplica así a todos aquellos por quienes fue una oblación. Y se dice esto porque santifica y purga, y debe corresponder al tipo, el cual santificaba para la purificación de la carne.

En segundo lugar, se afirma expresamente en diversos lugares que el derramamiento de sangre y la muerte de nuestro Salvador efectúan estas cosas, y que fueron destinados para tal propósito. Muchos pasajes fueron enumerados anteriormente para aclarar esto. Ahora repetiré los suficientes para dar fuerza al argumento en cuestión, omitiendo los que ya se presentaron, solo deseando que todos aquellos pasajes que señalan el fin de la muerte de Cristo puedan ser tenidos en cuenta como pruebas para establecer la verdad de este argumento.

«Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Ro 6:5-6).

Las palabras del último versículo ofrecen la razón de la afirmación anterior en el versículo 5; a saber: que la participación en la muerte de Cristo será ciertamente acompañada con la conformidad con él en su resurrección, esto es, tanto con la vida espiritual como con la eterna: «Porque nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido». En otras palabras, nuestra corrupción pecaminosa y la depravación de la naturaleza son, por su

muerte y crucifixión, eficaz y meritoriamente muertas e inhabilitadas de tal gobierno y dominio sobre nosotros de modo que ya no seamos más siervos de ellas. Este es claramente el sentido del pasaje, puesto que se establece como fundamento para avanzar hacia todos los grados de santificación y libertad del poder del pecado.

El mismo apóstol también nos dice esto: «Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2 Co 1:20). «Sí y Amén»: confirmadas, ratificadas, establecidas inmutablemente, e irrevocablemente transferidas a nosotros. Ahora bien, esto se hizo «en él», es decir, en su muerte y derramamiento de sangre, para la confirmación del testamento; cuyas promesas, que son la transmisión de los legados hacia nosotros, son confirmadas por la «muerte del testador» (He 9:16), pues él fue hecho «fiador de un mejor testamento» (He 7:22), cuyo testamento o «pacto confirmó con muchos» al ser «muerto [quitársele la vida]» por ellos (Dn 9:26-27).

Ahora bien, ¿cuáles son las promesas que así nos son confirmadas y establecidas por la sangre de Cristo? El resumen de ellas se encuentra en Jer 31:33-34, de donde son repetidas por el apóstol en He 8:10-12, para exponer la naturaleza de ese pacto que fue ratificado en la sangre de Jesús. En ellas se tiene una descripción resumida de toda esa gracia gratuita hacia nosotros, tanto en la santificación (He 8:10-11) como en la justificación (He 8:12). Entre estas promesas está también la más famosa: la de circuncidar nuestros corazones y darnos nuevos corazones y espíritus (como Dt 30:6; Ez 36:26). De modo que toda nuestra santificación y santidad, junto con la justificación y la reconciliación con Dios, es obtenida y establecida para nosotros con promesas inmutables en la muerte y derramamiento de sangre de Cristo, siendo «las cosas celestiales o espirituales purificadas con ese sacrificio de él» (He 9:23). «En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Col 1:[13]-14). «Por la muerte destruyó al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo», para

que pudiera «librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (He 2:14-15).

Tan solo observen estos dos pasajes clarísimos: Tit 2:14 y Ef 5:25-26. En ambos, nuestra limpieza y santificación se asignan como el fin y la intención de Cristo (el ejecutor) y, por lo tanto, son el efecto cierto de su muerte y oblación, que fue la obra, como se probó anteriormente. Y añadiré solo un pasaje más para probar aquello que lamento tener que probar (a saber, que la sangre de Cristo nos purga de todo nuestro pecado): «[...] el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Co 1:30). Sobre esto, por ser suficientemente claro, no necesito gastar tiempo en probar que él nos fue hecho así por Dios, por cuanto Dios lo puso como «propiciación por medio de la fe en su sangre» (Ro 3:25).

De manera que nuestra santificación, junto con todos los demás efectos de la gracia gratuita, es obtenida inmediatamente por la muerte de Cristo. Y de las cosas que se han dicho, este es el resumen: la santificación y la santidad son el fruto y efecto cierto de la muerte de Cristo en todos aquellos por quienes él murió, pero no todos ni cada uno son partícipes de esta santificación, esta purga, esta limpieza y obra de santidad; por lo tanto, Cristo no murió por todos ni por cada uno, *quod erat demonstrandum* [lo que se debía demostrar].

Es del todo vano objetar, como algunos hacen, que la muerte de Cristo no es la causa única de estas cosas, ya que estas no se producen realmente en nadie sin la intervención de la obra del Espíritu en ellos y de la fe que aprehende la muerte de Cristo.

Pues, en primer lugar, aunque muchas causas totales de la misma clase no pueden concurrir para producir un mismo efecto, diversas causas de clases distintas sí pueden concurrir en un efecto, y ser las únicas causas, en esa clase en la que son causas. El Espíritu de Dios es la causa de la santificación y la santidad, pero pregunto ¿qué clase de causa? Precisamente una que es inmediatamente y realmente [causa] eficiente del efecto. La fe es la causa del perdón del pecado, pero ¿qué causa? ¿En qué clase? Pues simplemente como un instrumento que

aprehende la justicia de Cristo. Ahora bien, ¿acaso estas causas —una eficiente y la otra instrumental, ambas naturales y reales— impiden que la sangre de Cristo concurra y sea, además, la única causa moral y meritoria de estas cosas? Sin duda no lo impiden; es más, lo suponen así, pues de lo contrario no serían en esta obra ni instrumentales ni eficientes, siendo aquello [la sangre o muerte de Cristo] el único fundamento de la operación y eficiencia del Espíritu, y la causa única del ser y la existencia de la fe.

Un hombre es retenido cautivo por su enemigo, y alguien acude a aquel que lo retiene y paga un rescate por su liberación; quien, tras esto, otorga una orden a los carceleros de la prisión para que le quiten los grilletes, le retiren sus harapos y le den ropas nuevas conforme al acuerdo, diciendo: «Libérenlo, porque he hallado rescate». Debido a que el carcelero le quita los grilletes y se presenta la orden del juez para su liberación, ¿dirá él, o diremos nosotros, que el precio y el rescate que se pagó no fue la causa, sí, la causa única de su liberación? Considerando que nada de esto último habría ocurrido si no se hubiera pagado el rescate, estas [cosas] no son menos efecto de ese rescate que su propia liberación. En nuestra liberación de la esclavitud del pecado, es cierto que concurren otras cosas de otras clases además de la muerte de Cristo (como la operación del Espíritu y la gracia de Dios), pero dado que estas son de una clase y aquella de otra, y dado que estas no son menos fruto y efecto de la muerte de Cristo que nuestra liberación obrada por ellas, es más que evidente que aquella es la única causa principal de todo el conjunto.

En segundo lugar, para eliminar por completo esta objeción, junto con todas aquellas similares de este tipo, afirmamos que la fe misma es un fruto propio e inmediato, y una adquisición de la muerte de Cristo en todos aquellos por quienes él murió.⁵ Si esto es cierto,

⁵ [N. del E.] La afirmación de que Cristo adquirió la fe con su muerte reproduce la enseñanza del Sínodo de Dort, reunido en 1618–1619 para juzgar la doctrina remonstrante. El segundo capítulo de doctrina, dedicado a la muerte de Cristo, declara en su artículo octavo que fue voluntad soberana del Padre extender la eficacia vivificante de esa muerte a todos los elegidos. Añade que

destruye totalmente el rescate general o la redención universal. Y si no es cierto, abandonaré muy gustosamente toda esta controversia y me será muy indiferente hacia qué lado se determine, pues sea como sea, el libre albedrío quedaría establecido. Esto lo probaré por separado en el siguiente argumento.

9. La fe es un fruto de la muerte de Cristo, pero no todos tienen fe

Antes de proceder a exponer el argumento propuesto, debo establecer como premisas unas pocas cosas, como [las siguientes]:

Todo lo que se nos concede gratuitamente en Cristo y a través de él, es enteramente la obtención y mérito de la muerte de Cristo. Nada se les concede a través de él a los que son suyos que él no haya comprado, dado que el precio con el que realizó su compra es su propia sangre (1 Co 6:20; cf. 1 P 1:18-19). Pues el pacto entre su Padre y él —de otorgar todas las bendiciones espirituales a los que le fueron dados— se fundó expresamente sobre esta condición: «[...] que pusiera su vida en expiación por el pecado» (Is 53:10).

Es admitido por todas las partes que en los hombres con entendimiento la fe es de una necesidad tan absoluta e indispensable para la salvación —sin haber admisión de sacrificio alguno por su carencia bajo el nuevo pacto— que cualquier cosa que Dios haya hecho en su amor enviando a su Hijo, y cualquier cosa que Cristo haya hecho o haga en su oblación e intercesión por todos o por algunos, carece para nosotros de valor, mérito y provecho alguno en cuanto al

Cristo les confiere la fe, la cual «adquirió para ellos con su muerte», junto con los demás dones salvadores del Espíritu. La fórmula resuelve el punto en disputa. Si la fe fuera una condición que el hombre cumple por sí mismo, la muerte de Cristo solo haría posible la salvación. Si la fe es un bien comprado por esa muerte, entonces la muerte la garantiza a aquellos por quienes fue ofrecida. Owen suscribió esta posición desde su primera obra contra el arminianismo, publicada en 1643, y la despliega aquí como argumento: no todos tienen fe; la fe es fruto de la muerte de Cristo; por lo tanto, Cristo no murió por todos. Véase Cánones de Dort, segundo capítulo de doctrina, artículo 8.

resultado si esta [fe] no está en nosotros. Más bien, solo sirve para aumentar y agravar la condenación. Pues, por más que se haya cumplido lo demás, es ciertísimo que «el que no creyere, será condenado» (Mr 16:16).

(De modo que, si hay en nosotros mismos un poder para creer, y el acto de [creer] procede de ese poder y es también nuestro, entonces ciertamente y de manera innegable está en nuestro poder hacer que el amor de Dios y la muerte de Cristo sean eficaces para con nosotros o no, y que al creer realmente hacemos lo primero por un acto propio. Esto es tan evidente que los más ingeniosos y perspicaces de nuestros adversarios lo han confesado en estos términos, como he declarado en otro lugar).⁶ Al ser esta, pues, la absoluta necesidad de la fe, me parece que la causa de ella debe ser necesariamente la causa primordial y principal de la salvación, por ser la causa de aquello sin lo cual el todo no existiría, y por lo cual el todo existe y es eficaz.

Concederé su elección y preferencia a aquellos que en esto son de parecer contrario al nuestro, con la condición de que respondan de manera directa y categórica, y sin distinciones extrañas, insignificantes y confusas: «¿Meritó u obtuvo nuestro Salvador, por su muerte e intercesión (las cuales hemos demostrado que están unidas), la fe para nosotros, o no?» O lo que es lo mismo: «¿Es la fe un fruto y efecto de la muerte de Cristo, o no?» Según sea su respuesta, procederé [de la siguiente manera]:

Si responden afirmativamente que es así, o que Cristo la obtuvo por su muerte, entonces pregunto: ¿obtuvo Cristo la fe para todos por quienes murió de manera absoluta, o bajo alguna condición que ellos deban cumplir? Para que no se equivoquen deliberadamente: cuando hablo de la fe como una gracia en una persona particular (tomándola subjetivamente), no deben entender la fe como la doctrina de la fe o el camino de salvación declarado en el evangelio (tomándola

⁶ Véase Owen, *A Display of Arminianisme*, en *The Works of John Owen*, ed. William H. Goold, 24 vols. (1643; reimpr., Edinburgh: Johnstone and Hunter, 1850-1855), vol. 10, p. ej., cap. 14; véase también *Complete Works of John Owen*, vol. 10.

objetivamente), pues esto es algo distinto y ajeno a la presente cuestión. Por cierto, debo decirles que negamos que la concesión de ese nuevo camino de salvación —el que saca a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio en Cristo— sea obtenido para nosotros por Cristo, al ser él mismo la parte principal de este camino e incluso el camino mismo. Y el hecho de que él mismo fuera obtenido por su propia muerte y oblación es una afirmación contradictoria muy extraña, propia de quienes la han usado (Moore).⁷⁸ Es cierto, en efecto, que le atribuimos a él el llevar de forma completa y plenaria a sus elegidos hacia la vida y la gloria por ese camino, y lo sostenemos contra todos, pero la concesión de ese camino fue por la misma gracia gratuita y amor no procurado que fue también la causa de que él mismo se nos concediera (Gn 3:15).

Si fue de manera absoluta, entonces, con seguridad, si murió por todos, todos deben creer absolutamente. Pues aquello que se obtiene absolutamente para alguien, es suyo sin duda alguna. Aquel que ha

⁷ [N. del E.] Thomas Moore (m. 1672), el blanco principal de todo este tratado, era un tejedor de Lincolnshire sin formación universitaria. Se formó en círculos puritanos fervientes, influido en su juventud por inconformistas de su condado como John Cotton, después célebre en Nueva Inglaterra. En la agitación de la década de 1640 se lanzó a la predicación laica e itinerante, con multitudes que lo seguían de pueblo en pueblo por Lincolnshire, Norfolk y Cambridgeshire. El heresiógrafo presbiteriano Thomas Edwards lo catalogó en las tres partes de su *Gangraena* como gran sectario; a sus seguidores se los llamó «manifestarianos». En 1646 publicó *La universalidad de la gracia gratuita de Dios*, para que todos fueran consolados y cada uno asegurado de que Cristo murió por él en particular. Su doctrina era un universalismo hipotético confuso, que él mismo abandonó pocos años después por un arminianismo abierto; Thomas Whitfield y Obadiah Howe, que lo llamó «un arminiano deforme», lo refutaron por escrito. Que Owen, teniendo a mano a los autores arminianos y amiraldianos más eruditos, eligiera como adversario principal a este predicador popular revela el carácter pastoral del peligro: el libro corría entre el pueblo llano, y la respuesta debía desmontarlo página por página. Véase Richard Snoddy, «Editor's Introduction», en John Owen, *The Death of Christ*, ed. Richard Snoddy, vol. 9 de *The Complete Works of John Owen* (Wheaton: Crossway, 2025), 4–12.

⁸ Thomas Moore, *The Universallity of God's Free-Grace in Christ to Mankind. Proclaimed and Displayed from 1 Tim. 2.6. and Hebr. 2.9. According to Their Genuine Sense. That All Might Be Comforted, Encouraged; Every One Confirmed and Assured of the Propitiation and Death of Christ for the Whole Race of Mankind, and So for Himself in Particular* (London, 1646), 35.

obtenido absolutamente una herencia, por cualquier medio que sea, ¿quién puede impedir que sea suya? Pero esto es contrario a lo que dice el apóstol: «no es de todos la fe» y la fe es «de los escogidos de Dios» (Tit 1:1).

Si dicen que la obtuvo para ellos —esto es, para que les sea otorgada— condicionalmente, deseo que respondan *bona fide* [de buena fe o sinceramente] y rotundamente, sin equívocos ni distinciones ciegas, y asignen esa condición para que podamos saber cuál es, ya que es un asunto de tan infinita importancia para todas nuestras almas. Háganme saber esta condición que ustedes sostendrán, y in *herbam amici* [me rindo, amigos],⁹ la causa será suya. ¿Es, como dicen algunos, «si no resisten la gracia de Dios»? Ahora bien, ¿qué es no resistir la gracia de Dios? ¿Es no obedecerla? ¿Y qué es obedecer la gracia de Dios? ¿Es no creer? De modo que la condición de la fe es la fe misma. Cristo obtuvo que ellos creyeran bajo la condición de que crean. ¿Son así estas cosas?

Pero ¿pueden señalar una condición de nuestra parte requerida para la fe que no sea la fe misma? ¿Pueden hacerlo? Escuchémosla, entonces, y renovaremos nuestra investigación sobre esa condición: si fue obtenida por Cristo o no. Si no lo fue, entonces la causa de la fe se establece todavía en nosotros mismos; Cristo no es el autor y consumidor de ella. Si lo fue, entonces estamos justo donde estábamos antes, y debemos seguir con nuestras preguntas de si esa condición fue obtenida absolutamente o bajo condición; *depinge ubi sistam* [muéstrame dónde debo detenerme].¹⁰

⁹ Era una antigua costumbre militar que los vencidos ofrecieran hierba (*herbam porrigere o herbam dare*) a su adversario. Con ello reconocían la derrota y renunciaban a su pretensión sobre la tierra. Véase, p. ej., Erasmo, *Adagia* 1.9.78. Para una traducción al inglés del texto de Erasmo, véase *Collected Works of Erasmus*, vol. 32, *Adages I vi 1 to I x 100*, trad. y ed. R. A. B. Mynors (Toronto: University of Toronto Press, 1989), 222.

¹⁰ “Owen daba la impresión de estar exasperado por tener que dar vueltas y vueltas con estos argumentos. La exclamación proviene de Persio, *Satires* 6.79, donde aparece un término distinto del que usó Owen: *depunge*, “marcar.” Para el texto latino y una traducción al inglés, véase *Juvenal and Persius*, ed. y trad. Susanna Morton Braund, Loeb Classical Library 91 (Cambridge, MA: Harvard

Pero, en segundo lugar, si ellos responden negativamente —como deben hacer de acuerdo con sus propios principios— y niegan que la fe sea obtenida por la muerte de Cristo, entonces:

1. Deben sostener que [la fe] es un acto de sus propias voluntades, tan propio de nosotros que no es obrado en nosotros por la gracia, y que reside enteramente en nuestro poder realizar ese acto espiritual, pues no se nos concede nada por gracia gratuita, en Cristo y a través de él (como se declaró anteriormente), sino aquello que fue obtenido por él en su muerte y oblación. Esto:

- (1) Es contrario a la Escritura expresa en muchísimos pasajes que no enumeraré.
- (2) [Es contrario] a la naturaleza misma de la esencia del nuevo pacto, el cual no prescribe y requiere su condición, sino que la obra eficazmente en todos los pactantes (Jer 31:32-33; Ez 36:26; He 8:10-11, [He 3:8]).
- (3) [Es contrario] a la exaltación de la gracia gratuita de Dios, al establecer el poder del libre albedrío en el estado de naturaleza corrupta, menospreciando y subestimando [dicha gracia].
- (4) [Es contrario] a la doctrina recibida sobre nuestra depravación natural e incapacidad para cualquier cosa que sea buena; es más, por consecuencia evidente y natural, esto derriba el artículo fundamental del pecado original.
- (5) [Es contrario] a la recta razón, la cual nunca concederá que la facultad natural sea capaz por sí misma, sin alguna elevación espiritual, de producir un acto puramente espiritual (como 1 Co 2:14).

2. En última instancia, deben establecer casi la única causa de nuestra salvación a nosotros mismos, quedando en nuestro propio

University Press, 2004), 124–25.” Richard Snoddy, nota del editor a John Owen, *The Death of Christ*, ed. Richard Snoddy, vol. 9 de *The Complete Works of John Owen* (Wheaton, IL: Crossway, 2025), 265n16.